

Personajes / La letra de Jean Le Benard

## ¿PODRÍA CRISTO SER SATÁN?

# “El anticristo es cristo”: la obra inédita del inefable Dr. Le Benard



Por HUGO  
CUCCARESE

*Tenemos el agrado de presentarle al lector un fragmento de la obra inédita del Dr. Jean Le Benard “El Anticristo es Cristo”, escrito en un momento particularmente oscuro de su vida sentimental. Un momento que coincide curiosamente con el pésimo estado en que se encuentra el original aquí tratado, volviendo al texto más turbio que aquello que justamente estaba destinado a esclarecer. Mi compromiso en esta labor como uno de los recopiladores de los escritos lebenardianos y, por cierto un gran desafío también, es intentar reconstruir los puntos más importantes de esta poderosa postulación..., digámoslo así, “anticristiana”, tratando de arrojar un poco de luz a este tema tan delicado y ríspido al mismo tiempo sobre la dualidad espiritual que existe en el discurso de Jesús –implícito, desde luego-, en el del Dr. Le Benard.*

*“Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.”*

JESÚS DE NAZARET

**P**ara Le Benard el punto simbólico donde se produce la intercesión espacial es el desierto. Allí mismo, bajo los candentes rayos del disco de aquella inmensa y arenosa nada es el lugar donde se ha forjado históricamente la dualidad entre el bien y el mal, y la posterior unificación entre el uno y el otro. Para Le Benard, **la primera posesión demoníaca de la historia ocurrió en el desierto**, bajo los abrazantes rayos de la alucinación mesiánica. Fue durante el tiempo en que Jesús ayunó cuarenta días y

cuarenta noches y el diablo se le apareció con voz de amo y negoció con él el reino del mundo. Cuando Jesús vendió allí su poder a Satán (o mejor dicho, cuando él *se lo cedió*) que éste tuvo comercio carnal con aquél, y como resultado de esta ultrajante **posesión demoníaca** se apoderó de su cuerpo, y se apoderó de su alma también.

Es aquí cuando el Dr. Le Benard comienza a desgranar los argumentos de uno de los relatos bíblicos más misteriosos e incomprensibles de los evangelios, según San Mateos, ya que logra exponer sobre el tapete un elemento diabólico: **la tentación**. Es decir, una mirada perturbadoramente inquietante sobre lo ocurrido en el desierto entre Jesús y Satán. Pues dice así:

*“Esta es la jugada maestra de Lucifer como el ángel de Dios y como Dios de las tinieblas: mostrarse como el otro de él mismo”.*

Nos encontramos aquí siguiendo punto por punto los razonamientos planteados bajo esta singular y atrapante mirada lebenardiana, con una postulación que raya inentendiblemente entre lo delirante y lo genial. Pues es así como él lo plantea. Lucifer sabía que la mejor manera de conquistar el mundo de los mortales era produciendo su propia muerte ante ellos. Él sabía que la única manera de introducir sus razones en el mundo terrestre era a través del absurdo. Nadie –ni el mismo Dios- jamás sospecharía la lógica de la siniestra estrategia pergeñada por Satán. Él sabía que la forma de garantizarse que el mal destruyera al bien era **presentando el mal como el bien**. Satán sabía que nadie se atrevería a matar a Cristo, aunque se equivocó, pero sólo en parte. Su maquiavélico plan para instaurar la maldad y el caos entre los hombres ya comenzó con la misma crucifixión de Cristo, que le sirvió por partida doble: para asesinar al hijo de Dios y para perpetuar la muerte del Padre, en el corazón de todos sus serviles hijos. Esa es –según él- la vil estratagema: sin Cristo, el mal jamás hubiera podido ser. Satán descubrió la fórmula perfecta con la que sería eternamente invencible: **se unió a Jesús para vencerlo**. Hasta que su gran aliado, el único, en verdad su puerta para entrar al bien.

Para entonces, muchos empezaron a ver que la Iglesia de Cristo era satánica, hasta que al final descubrieron que lo verdaderamente satánico era la misma Iglesia que representaba a Cristo. Inclusive hasta llegó a creerse y a gritarse públicamente a los cuatro vientos, que el mismo Papa podía ser el anticristo, la cuestión era saber cuál de ellos tomaría ese lugar. Pero nadie fue tan lejos como Le Benard cuando dijo:

*“Los representantes de la iglesia no hacen más que lo que les ordena su representante subordinado, Cristo... –perdón-, Satán”.* (lapsus simulado, lapsus intencionado)

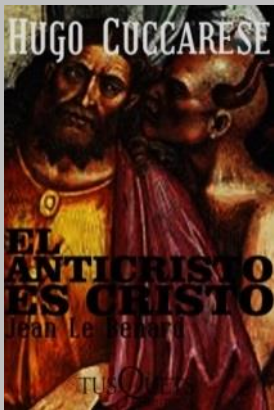
Nadie se atrevió nunca a decir lo que Le Benard dijo respecto a la figura insigne del Hijo de Dios. Y él mismo reconocería después lo fuerte que era decir esto hasta para él mismo, aunque quiso decirlo igual. Por eso remata, y con sobrada increpación:

*“¿Cómo? ¿Nunca se les ocurrió? ¿Dónde mejor oculto el Demonio que detrás de Dios?”*

Los que vieron la verdadera trama de todo esto fueron los judíos –explica Le Benard- que con 5000 años de eufórica sentimiento religioso sabían los posibles trucos del Demonio. Por eso fueron ellos –los judíos- los eternos condenados. Porque el Lucifer nunca los perdonó. Y no se los perdonó porque siempre se los agradeció por Cristo. Satán tuvo que agradecer a aquellos que le permitieron no morir, **matándolos**.

// Foto: AFP.

Publicado: Miércoles 28, 2007,



Una de las más controvertidas obras del Jean Le Benard, aprontada y reseñada por el escritor y psicoanalista argentino, Hugo Cuccarese

Se vislumbra aquí la sonrisa imaginaria de Le Benard al asegurar que si no hubieran matado a Jesús habría muerto de todos modos. Pero muerto de verdad. Muerto para siempre. Es decir: muerto y olvidado. Su auto afirmación fue siempre a través de la negación. Los judíos de la época de Jesús, los que conocieron bien las facciones de su rostro y las de su intensa y devota personalidad, tal vez fueron los únicos que vieron *la otra cara de la verdad*, es decir, ellos fueron los que vieron **el rostro del Demonio en la misma cara del Salvador**. Porque quién mejor que ellos para saber quién era dentro de los suyos el maestro de todos los farsantes. Satán encontró que la mejor manera de immortalizarse era metiéndose en la piel de Cristo,

y lo hizo, efectivamente, a través de los judíos. Fue la jugada maestra más diabólica jamás concebida y pergeñada en la historia de las creencias del mundo religioso: **Lucifer en la piel de Cristo**. El lobo vestido de cordero. Por eso recuerda Le Benard:

*“Cordero de Dios... que quitas los pecados del mundo... ten piedad de nosotros”.*

Cuando Cristo se fue al desierto... el que regresó fue **“El Otro”**. **El Otro Hijo de Dios**. Ese Dios brillante y hermoso, farsante y malvado a la vez, émulo eficiente del Dios verdadero, eterno e imperecedero. Jesús fue enviado a la tierra especialmente para aceptar tomar el reino del mundo, por eso se auto proclamó rey, y como buen Satán que es, exclama, también con impostada voz de soberano:

*“¡Mi reino no es de este mundo!”.*

Aunque otras veces se sincera y asegura:

*“No creáis que he venido a traer paz; no he venido a traer paz, sino espada”.*

Pero es más específico y malicioso cuando explica, con escalofriante detalle, el desastre que ocasionará en el sagrado seno de las familias:

*“Porque he venido a poner en conflicto al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, a la nuera contra su suegra; los enemigos de cada cual serán los de su propia familia”.*

Y no conforme con este daño vil, su demanda de amor es más siniestra aun cuando se coloca en el centro del mundo y, -extorción mediante-, empuja al hombre a abandonar el amor que siente por los suyos y a sustituirlo por el amor a él.

*“El que quiere a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí; y el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá, y el que la pierda por mi causa, la encontrará”.*

La ambigüedad que existe en el discurso de Jesús cuando se identifica con el Padre, es decir, **cuando en él habla “el otro” (Satán)**, le sirve no solo para engrandecer y hacer más poderoso su narcicismo sino también para demandarle a sus discípulos que amen a Dios -a él mismo- con toda su mente y con todo su corazón; obligándolos con ello a que

no sean meramente creyentes o cristianos, sino que predique su palabra a toda criatura para que el mundo entero sepa que lo único que debe importarle al hombre en esta tierra es amar a Dios. Y si es posible, como debe ser: *por sobre todas las cosas*.

También se ve claramente cuando Jesús rechaza y niega a su madre. Cuando alguien le dijo que su madre y sus hermanos estaban afuera y querían verlo, y él les respondió:

*“Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica.”*

Y cuando él estaba diciendo todo esto, y una mujer que estaba en medio de la multitud, alzando la voz, le dijo: Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron, y él replicó:

*“Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la guardan.”*

Estos son los puntos álgidos más relevantes donde puede verse y oírse “la presencia del otro”. **Ahí es precisamente donde puede verse la hilacha de Jesús.** Ahí mismo, encerrada en la perseverante ambigüedad de sus palabras. Cuando se acomoda la piel de cordero y esconde los colmillos que le asoma entre los labios, al mostrar la ferocidad de un decir que, a todas luces, no es el decir de él, del hombre que viene a traer especialmente un esperanzador mensaje de amor y de paz a la humanidad.

Eso sin hablar de ese incontrolado arranque de furia que se vio en el templo cuando Jesús tira la mercadería de los artesanos que vendían en el pórtico de la Iglesia. Los mercaderes son sus aliados y dejan entrever las luces de su artilugio, pero de una forma demasiado descarada para no verlo. Por eso echa a patadas a los comerciantes del templo para que no sean tan ingenuos en su modo de actuar. Le Benard dice:

*“Es el mismo Satán el que vende y compra almas de los comerciantes. Pero también Cristo, que es otro comerciante. Porque no es Cristo; ¡Cristo es Satán!*

Como podemos ver aquí, es la propia tradición bíblica la que pone blanco sobre negro cuando enseña que **Dios expulsó a Lucifer del cielo y lanzó a la tierra a Jesús**, transformando al ángel y al hombre en una sola entidad espiritual, con una misma misión sobre la tierra. En el pensamiento lebenardiano el Hijo de Dios –Jesús– es también un hijo que ha “caído” en la tierra de los hombres con una misión específica: combatir el mal perpetrado por el ángel –que también ha “caído” del cielo–, y que no es otro que Lucifer, “*el más brillante y hermoso de todos los hijos de Dios*”, –según la bíblica expresión.

Por eso para Le Benard **Jesús es Lucifer**. El Hijo de Dios “caído” en la Tierra para expiar los pecados del mundo con su propia muerte, y obtener así la piedad de los hombres con el milagro de su resurrección. Y nosotros agregaríamos a ello; si para Le Benard Jesús y Lucifer son partes de una misma presencia divinizada por los mismos anonadados creyentes, una presencia ambigua y en perpetua lucha por el poder sobre el amor y la adoración de los hombres, lo son porque ninguno de ellos existe realmente más allá de la creencia en la existencia de ellos.

Jesús y Lucifer son, pues, para el genio que le enseñó al mundo a leer, la cara y la contracara de una misma entidad espiritual, radicalmente opuestas y complementarias, representantes de lo más humano e inhumano que existe en el interior del hombre espiritual, que no existen –por sí mismas– más allá del imaginario delirio humano.

De la biblioteca del *Collège de Sorbonne* (Colegio de Sorbona)  
(AFP)